Señor Secretario de la "Sociedad de Artesanos" de esta capital

SEÑOR:

Acojo con verdadero entusiasmo la resolución de la Sociedad de que es Ud. digno Secretario, de fundar una Biblioteca Popular y Sala de lectura, «con el objeto de proporcionar á nuestro pueblo un centro de instrucción en todos los ramos del saber humano.»

Amigo como soy de la clase obrera y de todo lo que tienda á su mejoramiento intelectual, no he vacilado un instante en contribuir, siquiera sea con un pequeño contingente, á la realización del patriótico pensamiento de la simpática «Sociedad de Artesanos.»

Le acompaño cincuenta pesos para que los invierta en la compra de aquellas obras que la Sociedad juzgue de alguna utilidad para el objeto que se propone.

De Ud. muy atento, seguro
Servidor,
RICARDO F. COOPER.

San José, 24 de julio de 1889.

———

SEÑOR DON RICARDO COOPER.

Presente.

San José, julio 24 *de* 1889.

Señor de mi estima:

El Secretario de la Sociedad de Artesanos ha recibido su apreciable de hoy junto con cincuenta pesos ($ 50-00) que Ud. ha tenido la generosidad de enviarnos para comprar obras y surtir la Biblioteca Popular que hemos fundado á beneficio del pueblo y clase obrera costarricense.

Ante su generoso desprendimiento no puedo menos que tributar á Ud. el homenaje de nuestra gratitud eterna y sincera.

Permítame ofrecerle el testimonio de mis respetos personales con que tengo el gusto de suscribirme

Su attº. S. S.
A. MARÍN J.
Presidente de la Sociedad.

———

San José, 20 de julio de 1889.

Señor don Alejo Marín J.
Presidente de la Sociedad de Artesanos. PRE-

SEÑOR:

Por la atenta comunicación de Ud. me he impuesto con gusto de que la Sociedad de Artesanos en sesión del 25 de junio último acordó la fundación de una Biblioteca Popular y una Sala de lectura, con el objeto de proporcionar á nuestro pueblo un centro de instrucción en todos los ramos del saber.

El acuerdo en referencia honra y enaltece en alto grado no sólo á la Sociedad de Artesanos sino también al país entero.

Yo, señor, entusiasta como el que más por todo aquello que tienda al engrandecimiento y progreso de nuestra patria, no puedo menos que acoger con verdadero placer tan feliz pensamiento y de enviar por su medio un aplauso caloroso á la digna Sociedad de Artesanos que con tanto acierto Ud. preside.

Me hago el honor de acompañarle al propio tiempo un ejemplar del Quijote.

Sírvase Ud. aceptar ese modesto obsequio, y con él las seguridades de mi más alto aprecio y distinguida consideración con que soy de Ud. muy attº.

Servidor,
RAMÓN LORÍA IGLESIAS.

SEÑOR DON ALEJO MARÍN J.

He leído el nº. 23 de «El Artesano» que Ud. tuvo la amabilidad de mostrarme, y en él ví el artículo relativo á la Policía. Estoy en un todo de acuerdo con Ud., y le suplico se sirva considerar si todo lo malo que sucede es debido á la monstruosa confusión de las funciones de los poderes civil y militar.

Yo creo en la sinceridad de Ud.; ¿cree Ud. que si la Policía fuera lo que debe ser, enteramente civil, se cometerían los abusos que Ud. denuncia?

Creo en la sinceridad de Ud. y espero su respuesta.

Soy su atento servidor,
FLORENCIO CASTRO.

———

SEÑOR DON FLORENCIO CASTRO.

Contestando su anterior pregunta, y consecuente cono mi modo de pensar, tengo el gusto de decirle:

Si la Policía fuera enteramente civil, sin confusión con el ramo militar, y sobre todo, si la ley del caso se cumpliera como debe cumplirse, los abusos de hoy y del tiempo atrás se cortarían de raíz; el cuerpo de seguridad pública sería lo que Ud., todos los ciudadanos y yo tenemos derecho á esperar.

Soy su attº. servidor,
A. MARÍN J.

De patriota a patriota.

(EPISODIO HISTORICO DE LA GUERRA DEL PACIFICO.)

La organización de las brigadas de artillería de la línea, atrajo en la última guerra nacional, las simpatías de la juventud entusiasta: y de muchos que con notable provecho tenían adelantados estudios profesionales del arma.

Santa Catalina fué el punto de reunión de los Delhorme, Lavalle, Bolognesi y otros que, en la hora de la prueba, sonrieron á las tinieblas de la eternidad desde la risueño alborada de la vida!

Entre los jefes de la Volante, hallábanse dos limeños que bien alcanzaron los buenos tiempos de champuz de *ña* Aguedita y de los *piques* de *ño* Juan José: eran dos criollos de lujo que frisaban en los cuarenta y cinco años, de color algo cobruno y de talla y musculatura beduina. Emulos en la disciplina militar, no omitieron esfuerzo alguno para que los escuadrones de su mando se presentaran siempre con toda la debida instrucción; amén del arreo brillante que requiere esta clase de cuerpos de ejército.

Una tarde de invierno y después de una pesada maniobra militar en la tendida pampa de Canto Grande, el ejército formó pabellones. La artillería que ceñía la derecha de la simulada línea de batalla, levantó sus fogatas en la que chisporroteaba alegremente la leña verde y la charamusca del monte. Era animado el cuadro que representaba el vivac: aquí un grupo tomando rancho cerca del fuego, más allá otro entonando, á media voz, un tonderito de la costa abajo, por todas partes esa animación encantadora de la vida militar en campaña.

En los momentos que, á fuer de curioss cronistas, nos permitimos penetrar en una carpa de oficiales oímos la siguiente plática:

—Apuesto, capitán F. una dragona que su gallo no es de á pie ni de á caballo.

—Contra mi gola, va, replicó el teniente B., dejando á un lado su provista y humeante cacerola.

—Y una botella de Champagne por mi parte, agregó otro de los oficiales que permanecía de pie, envuelto en un largo capote gris con vueltas granas.

—Don Ambrosio es hombre que no pestañea y allá lo verán en la primera de espadas.

—Lo verémos replicó el primero. La apuesta está ajustada, y si no le doy á Ud. codillo, compañero, será un milagro de *Las Mercedes*. D. Pancho tiene á veces sus mozonadas, pero tratándose de la patria se dejaría ensartar como un *anticucho*.

—Pues se verán de gallo á gallo.

—O de patriota á patriota.

II.

Formulada la apuesta, en secreto, entre oficiales que servían respectivamente á órdenes de los jefes ya citados, se arribó al siguiente acuerdo: perderá aquel que en la primera acción de armas revele el más leve temor.

La guerra del Pacífico, llena de episodios sangrientos, no tardó en presentar á la artillería una brillante ocasión.

Clareaba apenas la aurora del 22 de setiembre de 1880. Una batería mínima colocada en la cima del *Salto del Fraile* (Chorrillos,) debía contestar los fuegos de una parte de la escuadra chilena.

Cuatro cañoncitos de á nueve por una parte y un blindado de 300 baterías por otra.

¡Curioso espectáculo en el siglo de las luces.....! flotantes masas de hierro teack sosteniendo el derecho de la fuerza, contra un puñado de soldados sin más parapeto que la conciencia de su derecho!

Al pie de una bandera nacional que flameaba al centro de una batería, dos jefes de la brigada rodada esperaban serenos: Francisco Moreno, primer jefe del 4º. de carabineros y Ambrosio Navarro del primer escuadrón.

El cronista fisgón que esto escribe, interesado en la apuesta, no perdía ocasión para observar al enemigo y al amigo.

Dieron las doce: un punto luminoso rodeado de un espeso humo se desprendió de una de las bandas del «Cochrane» y el combate se hizo general. Dos horas más tarde la escuadra, retirándose mar afuera, se puso fuera de tiro, aprovechando el poderoso alcance de sus cañones: en este intervalo de inacción vimos una mujer joven, de fisonomía simpática y enérgica, que se acercaba al cuerpo de oficiales que se había formado en torno al pabellón bicolor.

—Viva el Perú!, muchachos, exclamó con viril acento.

—Viva!.... repetimos; y presentándo su provista cantina al comandante, añadió: tomad, señor, es cerveza con soda.

—Gracias, repuso Moreno.—¿Cómo os llamais?

—Dionisia Reyes.

—Por la patria y por vos, valiente niña.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando una bomba ensordecedora reventó junto al círculo de oficiales, levantando una lluvia de fragmentos de hierro, piedras y arena que cubrió por completo la improvista ciudadela. Cuando el viento aclaró la escena, vimos á Navarro fumando impasible en su pequeña pipa de nogal y á Moreno limpiando el cuello del precioso barrilito de la cantinera.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.